La Capa del Estudiante

HUMORADA CÓMICO-LÍRICA

O

FANTASIA POLITICO-PATRIÓTICA

EN UN ACTO Y CUATRO CUADROS

PROSA Y VERSO

POR

JOSÉ DE CASTILLA

(PSEUDÓNIMO)

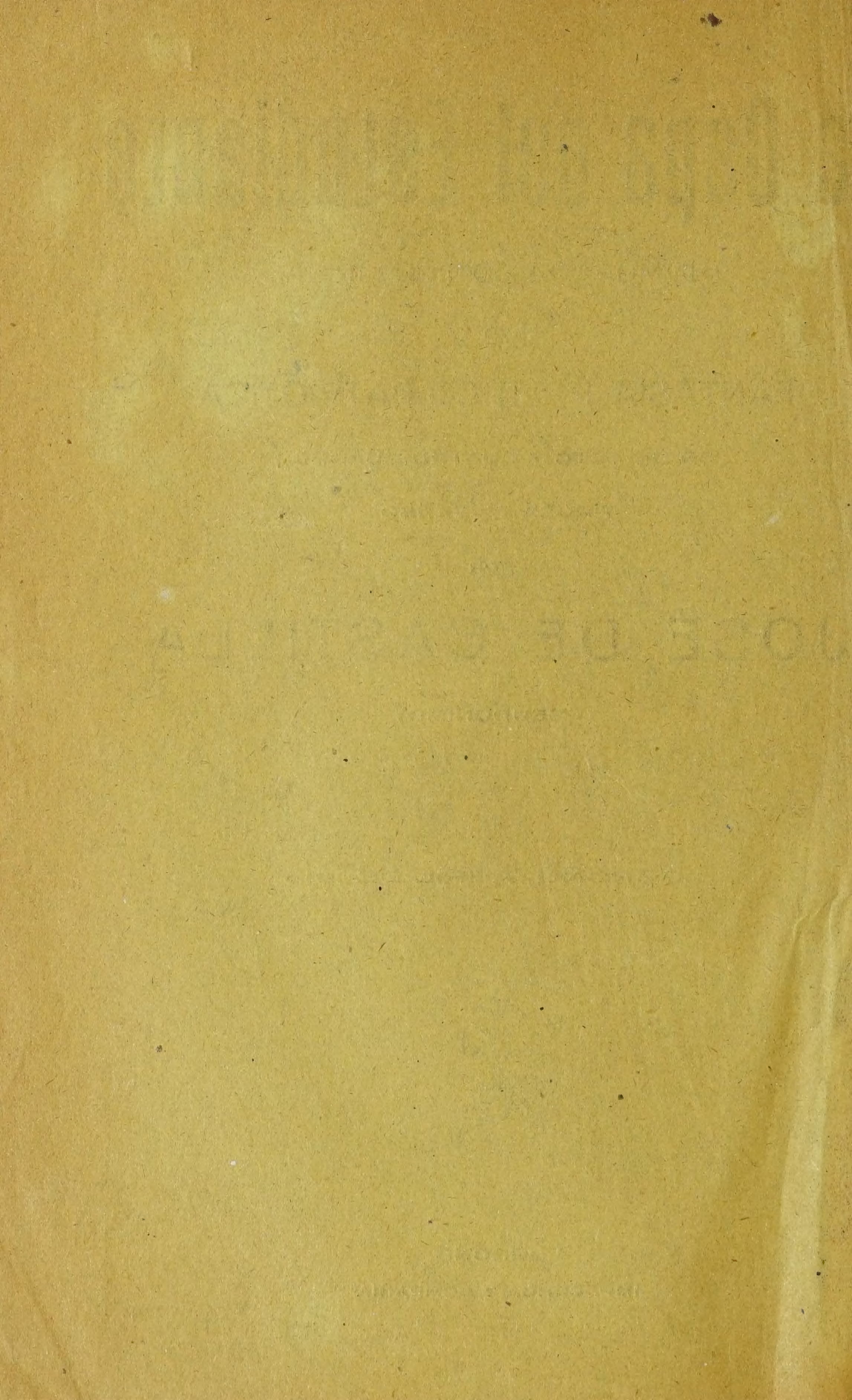
José María Pascual y Hernández

LOGROÑO, ABRIL DE 1918



LOGROÑO

IMP. OCHOA Y COMPAÑÍA





La Capa del Estudiante

HUMORADA CÓMICO-LÍRICA

O

FANTASIA POLITICO-PATRIÓTICA

EN UN ACTO Y CUATRO CUADROS

PROSA Y VERSO

POR

JOSÉ DE CASTILLA

(PSEUDÓNIMO)



LOGROÑO

IMP. OCHOA Y COMPAÑÍA

ABRIL 1918

PERSONAJES

Estos van apareciendo según las escenas lo reclaman.

LOS PRINCIPALES SON:

DOÑA BARCINO . . . . Señora mayor 35 años

VILLA Y CORTE . . . . „ joven 30 „

PILARICA . . . . „ „ 30 „

SEVILLITA . . . . „ „ 25 „

IBÉRICO (Estudiante) . . . . Edad indifinida

DON CÉSAR (Tipo elegante) . . . . „ 55 años

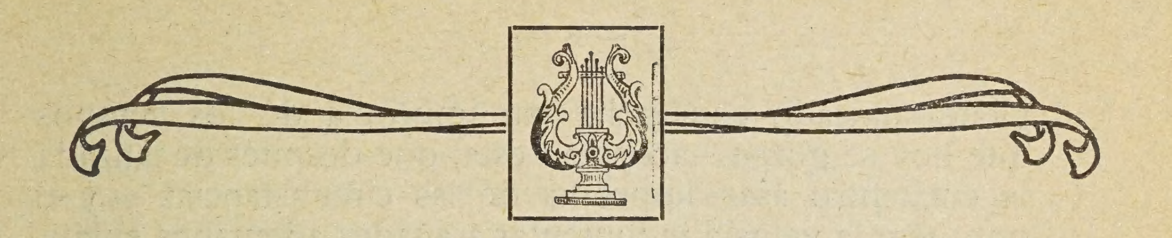
DON ROGER (Rico burgués) . . . . „ 45 „

META (Tipo de obrero madrileño) . . . . . . „ 35 „

GOLFÍN (Tipo callejero) . . . . „ 15 „

Tipos varios nacionales.—Ujieres.—Camareros.—Guardias.—Coros de ambos sexos.





CUADRO PRIMERO

La escena figura suceder en Madrid. Epoca actual. A fines de la primavera y hora avanzada de la madrugada. Representa la escena un tramo del principio de La Castellana. Un pequeño macizo con flores. Un grupo de arbustos y un banco de los que se acostumbran en los jardines públicos. Cerca, y detrás del banco, un farol de gas, que apenas luce. En el fondo, más lejos, un foco de arco voltaico, pero apagado. Al levantarse el telón la escena está sola. La orquesta termina un preludio de armoniosas notas y cadencia somnolienta. Al golpe final de la orquesta aparece en escena, por la derecha, el protagonista. IBÉRICO. Así se llama el personaje principal. Viste traje de estudiante a la antigua usanza. Calzón negro de paño deslustrado, calzas negras y zapatos de hebilla plateada, jubón negro con cuchilladas de amarillo sucio y gola de poco vuelo. La melenuda cabeza la cubre un tricornio con escarapela roja y amarilla. Lleva al desgaire una capa de aquella época en la que aparecen manifiestos los signos de vetustez y sobresalen notablemente, los remiendos de diferentes tonalidades de color.

ESCENA PRIMERA

IBÉRICO (Recitando) ¿Donde estoy?... ¿A qué y por qué vine a estos lugares?... ¿quién soy y cuál mi misión en aquesta célebre e ilustre Villa, que es de España Corte, del mundo flor elegida y de Castilla gloria?...
Preguntas, que a tí propio te diríges, amigo Ibérico, toda vez que en esta soledad de la noche y aqueste solitario paraje no ves alma viviente que a tus preguntas contestar pueda. Pero, parece como que barrunto, por ahí (tiende sus brazos hacia la sala) por los ámbitos de la realidad de la vida, a ese ilustre, curioso, amable y expectante público, a quien, como juez esclarecido y discreto confidente, debes, humilde discípulo de Hipócrates, una categórica explicación; para que, mediante ella, sepa y entienda el porqué

vienes ataviado con facha tan impropia de los tiempos que hoy se gozan—acepción esta, que después de lanzada la encuentro asaz impropia de las circunstancias — y el porqué a la vetusta indumentaria añades ademanes enfáticos y modales sólo propios de aquellas remotas épocas, en que el estudio y el saber, si bien respiraban hidalguía por todos sus poros y se trataban de tú con la nobleza, se daban la mano a la vez con la miseria, en el más íntimo de los pactos. Dando como resultante, que, hidalguía y pobreza constituían el orgullo de las letras.

Veo bien que estoy en Madrid; en la denominada Villa del **Oso y el Madroño;** en la renombrada **Corte de los milagros,** corazón geográfico y político de aquesta bendita y mi amada tierra española; tan grata para los hijos que con amor y cariño la contemplamos, como motejada y hasta vilipendiada es, por aquellos que nacidos de su seno y acreedores della de cuanto son y valen, la censuran acremente y la rechazan con dureza incalificable.

¿Y por qué, luciendo tan anacrónica indumentaria conozco bien estos lugares, y de sus condiciones doy fe?

Porque yo, Ibérico, soy de todas las épocas. Como aquel Cagliostro de Dumas, he vivido y sigo viviendo todas las edades y por haberlas vivido recorriendo la península toda, me consta que aquesta tierra misma que ahora piso, hoy lugar de esparcimiento y recreo en donde la holgura y el lujo se deleitan, al par que la miseria se entristece al influjo de esa decepción que sugiere la comparación de estados, fué también lugar de paseo y solaz para aquellos ricachos del **Magerít** antiguo, que en feraces huertas y bajo románicos pórticos se deleitaban; mientras los desgraciados parias asomaban, por las bardas de aquellas, sus envidiosas miradas.

Con esto y añadir que soy el genio español puro y genuino; espavilado de intelecto pero abandonado y rutinario; **despierto a la comprensión** aunque mal esté la alabanza propia, pero olvidadizo y confiado; y decir que mi estancia obedece sólo al deseo de vivir en la Corte, la vida esplendorosa del siglo que corre, he dejado ultimado el desarro-

llo de mis sencillísimos, presentación y programa. (Hace una pequeña pausa y se acomoda en el banco)
Dejadme ahora, Manes del siglo de los grandes inventos, las enormes ambiciones y las temibles guerras; permitidme descansar aquí, en este benéfico sitial, del ajetreo que la moderna vida ocasiona a esta mi humanidad, tan poco hecha a los grandes ruidos y a tan agitados movimientos.
(Según habla se coloca la capa, de modo que cubre su pecho con la parte que corresponde a la espalda y deja ver toda la serie de remiendos que tiene y que asemejan un mapa de España, dividido en sus diferentes regiones. Se acomoda para dormir apoyado el brazo, y sobre éste, la cabeza. Sigue hablando pero reposado.)
Dadme ¡oh Manes bondadosos! un sueño plácido; asi algo como reminiscencias de antiguas añoranzas de la mocedad; algo que con el amor se relacione. Si, del amor. Que, siendo como es, principio, y fin de la sociedad, y del mundo primordial objeto, no puede... dejar... de ser... invocado... ni... por... los... sabios... (Se duerme según habla) ni... por los... indiferentes... ni... por los... an... ti... guos... ni... por los... mo... der... nos..... (Queda completamente dormido).

ESCENA SEGUNDA

La orquesta que comenzó a sonar mientras se dormía Ibérico, continúa en crescendo hasta un vals-jota.—Entre bastidores cantan los coros.)

COROS. « La capa del estudiante
semeja un jardín de flores;
toda llena de remiendos
de diferentes colores. »

(Aparece en escena un coro femenino con traje de antiguas suripantas, lijeras de ropa y con gasas que hacen ondular con los brazos.—Danzan al rededor del protagonista y cantan.)

MÚSICA

COROS. Dejad, dejad al sabio iluso,
estrafalario...

Dejadle que descanse su fatiga,
Pobre estudiante, viejo y
perdulario.....
Mas parece cigarra, que no hormiga.
Mirad su capa—de tan raro porte
Mirad su traje—de raído paño
y decidnos si puede—en esta Corte
vivir sin que—padezca desengaño.
Dejad al sabio iluso... estrafalario
Dejad al estudiante... perdulario
(Desfilan los coros—Cesa la orquesta
La cara del durmiente refleja satisfacción.)

ESCENA TERCERA

Aparece una pareja de guardias de Seguridad.—Caminan pausado como de servicio.—Ibérico, continúa durmiendo.

SON LOS GUARDIAS LÓPEZ Y FERNÁNDEZ

LÓPEZ.—¿Qué te parece, compañero Fernández; (señala al dormido) ¿Crees tú digno de nuestra autoridad consentir un semejante cuadro?... No sólo dormido en la vía pública, sí que también vestido con esas trazas carnavalescas; y cubierto con una capa, que, si he de decirte mi opinión, el mejor anticuario no sabría definir el paño primitivo, ni con lupa.

FERNÁNDEZ.—Dices bien, López.

LÓPEZ.—Pues si te parece que bien digo, ¿no crees tú que procede (hace un ademán como de empujar) despertar de un empellón al vergante y lanzarle de cabeza en el calabozo de la delega inmediata?

FERNÁNDEZ.—En cuanto a eso, amigo López, ya no opinamos del mismo modo.

LÓPEZ.—No me extraña: Dos españoles, aunque pertenezcan al mismo Cuerpo o Institución han de tener, necesariamente, dos opiniones opuestas.

FERNÁNDEZ.—Déjame que yo **filosofée** también y argumente, aunque no sea, como tú, graduado en bachiller. En primer lugar, el individuo (señala a Ibérico) no comete acción

punible; y, por tanto, no merece medida tan extrema como lanzarle al calabozo. Si duerme, es porque obedece a imperiosa necesidad de la naturaleza. Si pernocta, incómodamente, en ese banco, a la intemperie, será porque no tenga lecho adecuado en donde descansar sus diarias fatigas. Y si viste un tan anticuado traje, que revela pobreza a todas luces, es porque acaso no tenga otro, o porque sea comparsa de un teatro. De cualquier forma y, sencillamente: porque carece de bienes de fortuna. (Pequeña pausa. Atrae a sí al compañero, que escucha como admirado, y prosigue) Pues qué; si tú y yo lucimos traje y capa de paño incomparablemente superior al de ese, ¿quieres decirme si no es porque no somos ricos para vestir flamante gabán con forro y vueltas de pieles?... Y si aquí estamos a estas **deshoras,** tú me dirás si no es porque la necesidad es más imperiosa en nosotros que nuestra voluntad misma.

LÓPEZ.—Admiro tu elocuencia de esta noche, Fernández. Sin duda que la miajita de Cazalla con que ha poco nos obsequió el amigo Mauricio..... Pero no me negarás que nuestro deber es, por lo menos, despertar al contraventor y obligarle a que deambule por esos paseos y calles hasta que el astro del día envíe y luzca sus refulgentes joyas por los ámbitos de la gran urbe. ¿He dicho algo? (Con petulancia).

FERNÁNDEZ.—No estaría mal, si al forzar al aludido (señala a Ibérico) a caminar sin haber satisfecho el sueño, no le expusiéramos a caer rendido por esos adoquines, haciendo así más escandaloso el suceso.

LÓPEZ.—Tú, siempre paciente y conmiserado para con el público. Por mi parte creo de mi deber despertar al comcomparsa este, de modo más expresivo y contundente. (Hace ademán de sacar el sable. Fernández lo impide. La cara de Ibérico, refleja malestar y se mueve sin que los guardias lo noten.)

FERNÁNDEZ.—Detén tus ímpetus bélicos, compañero, que la cosa no es para tanto.

LÓPEZ.—Pero vamos a cuentas, tú. ¿Para qué lucimos este mandoble; para qué este flamante revólver?... Si gasta-

mos armas, será porque representamos la fuerza; y ésta siempre ha de ser, a mi juicio, ¡ inexorable !

FERNÁNDEZ.—No sustento tu opinión. Aunque armados, llevamos estas iniciales, que dicen : Guardia de seguridad; y... vamos, me creo yo, que mal podremos contribuira la seguridad del ciudadano, si le acometemos y zurramos sin más ni más. En mi modesta opinión, representamos el orden, y éste ha de ser severo, sí, para hacer observar el cumplimiento de la Ley, pero reflexivo y prudente... Si ahora, en este caso, no tenemos a mano asilo nocturno adecuado a donde conducir a este noctámbulo de pacífico aspecto... ¿ por qué hemos de despertarle, y menos a sablazos ?... (Toma del brazo a López, y salen por el lado contrario que entraron.—La cara del durmiente se alegra y suelta un suspiro.)

LÓPEZ.—(Al salir.) Creo que no vas mal, compañero Fernández.

ESCENA CUARTA

Por el fondo aparece un grupo de golfos que rodean sigilosamente el banco donde duerme Ibérico.

GOLFO 1.º—(Hablando a media voz.) Mala presa tenemos, Moños. El gachí del tricornio no posee cosa que merezca la pena. Ni **siquiá** de verle las barbas al **Inspetor**.

GOLFO 2.º—Las hebillas de los zapatos. Hoy el metal vale mucho, y con la apariencia que tienen de hebillas de cura pasarán por plata, aunque no lo sean.

GOLFO 1.º—También tú eres primavera. ¿ Crees que el **Lagañoso** no **taña ?** No digo ná; ese, con su media vista cansada, **diquela** más que un Sánchez-Toca. Tira enseguida de lupa, y te dice cuántos kilates **tié** un anillo, mejor que un tasador del Monte.

GOLFÍN.—(Mirando atentamente al dormido mientras los otros golfos dialogan.) Vosotros no habéis **arreparao.** ¿ No os parece esto (señalando la capa del estudiante) uno **desos** mapas que **dicen** sirven **pa** estudiar en las escuelas ?... Decididamente : yo me conformo con la capa.

ESCENA QUINTA

Al decir esto Golfín, aparece por la izquierda un nuevo personaje, Noy, que se para observando con cautela.

GOLFÍN.—No faltará alguno de los tantos **chiflaos** por las cosas viejas que me apoquine un **puñao** de **pelas.** (Según habla, va desprendiendo suavemente la capa del cuerpo de Ibérico.) Yo diré que es la propia capa de diario del Don Fruela I, mi vecino de dormitorio. (Cuando termina de hablar tiene ya la capa en sus manos. Entonces avanza de dos saltos Noy, chulo que viste pantalón de pana, gorrilla, blusa y alpargatas a la catalana. Arrebata de la mano de Golfín la capa, y dice:)

NOY.—**Fuch de així; aquesta capeta es meva.** (Sale corriendo por la derecha.)

ESCENA SEXTA

Los golfos solos.

GOLFO 1.º—¡Anda el fresco!

GOLFO 2.º—**Miusté** el Noy de la blusa qué procedimientos gasta.

GOLFÍN.—¡Tú la pagarás!

TODOS.—(Gritando.) ¡Frescales! ¡Golfo!

ESCENA SÉPTIMA

Ibérico despierta a los gritos y se alza del banco.—Los golfos corren, diseminándose y le dejan solo en escena.

IBÉRICO.—¡Hampones! (Se palpa el cuerpo.) ¿Dónde está mi preciada capa? ¿A dónde la ronda que no acude a mi demanda de justicia?... (Grita.) ¡Alguaciles, a mí! (Pequeña pausa.) Nadie acude a mi voz. ¡Oh infelice! ¡Despierto a la realidad y robado!
Soñaba primero que bellas jóvenes cantaban mis alabanzas... Después, que, cogido entre corchetes, unos querían maltratar mi cuerpo, mientras otros optaban por dejarme libre; por fin venció la conmiseración a la intransigencia; pero pronto me vi rodeado de salteadores como los que mi

amigo Gil Blas describiera... Y cuando despiertos son mis sentidos, me veo que, efectivamente, los discípulos de Monipodio hicieron de las suyas, arrebatándome la mi capa histórica; la más preciada prenda, la que fué tejida por las propias manos de mi reina y señora Doña Isabel, zurcida y remendada después por tantas manos nobles de mis sucesivas abuelas. (Lamentándose e implorando al cielo.) ¡Oh genio español!, ¡oh nobleza castellana que no perdonaste jamás la villanía! Haced que me sea devuelta mi querida prenda, la que durante más de cuatro siglos ha sido mi compañera inseparable, mi calor y mi refugio. Y tú, principio de autoridad como ahora se dice, ¿por qué no acudes en mi auxilio?

ESCENA OCTAVA

Al lanzar Ibérico su último apóstrofe, aparece en escena un nuevo personaje; persona de regular edad, elegante porte y aspecto respetable; viste traje a la moda, sin exageración ridícula, y empuña bastón de mando. —Se llama DON CÉSAR.

DON CÉSAR.—Soy el principio de autoridad que demandas. Aquí me tienes a tu disposición y tus órdenes. Has dicho que gente vil te arrebató violentamente tu capa, y mi deseo es hacer por que la recuperes, sin perder tiempo. Confía en mí, y sígueme por esas calles de mi modesto gobierno. He de prevenirte, para que me conozcas, que me llaman **César**, en recordación de aquellos que gobernaban la inmortal Roma en la más floreciente época de su historia; si bien mi gobierno se reduce al de esta villa renombrada.
César te apoyará en tu justa demanda. Vamos. (Le toma de brazo, y salen.)

TELÓN DE FONDO

CUADRO SEGUNDO

La escena sucede a hora avanzada de la mañana, en el mismo día.—El telón es una decoración de calle de segundo o tercer orden.—Por la izquierda llega un coro de ciegos mendigos y de postulantes.—Se sitúan en escena, tocan y cantan.

ESCENA PRIMERA

MÚSICA.—CORO DE CIEGOS

No hay quien pueda—con las exigencias
de nuestro concejo.
No hay quien pase—de buena apariencia
ya joven o viejo
que escape de nosotros—sin observación
y no sufra al punto—nuestra petición.
O un golpe, de efecto—con el violón.

—

Somos cieguecitos—y pobres de bienes
hemos de pedir.
La vida está cara—oficio no tienes
y hemos de vivir.
Con el alza enorme—de las subsistencias
peligra seriamente—nuestra resistencia.

—

LOS POSTULANTES.—(Recitando.) ¡Una caridad a los cieguecitos!

CORO DE CIEGOS

No hay quien logre—sacarnos de la acera
porque somos vecinos—como cualquiera.
No hay alcalde—ni gobernador
que nos busque medios—para estar mejor.

—

No hay quien pase—por el callejón
que no sea objeto—de una petición.
O un golpe, de efecto—con el violón.

(Sale la comparsa de ciegos.)

ESCENA SEGUNDA

Aparece META, personaje tipo neto de madrileño de la clase obrera. Sobre un traje regular lleva una capa raída y con varios sietes y no pocos flecos.

META.—(Registrándose los bolsillos.) ¡Na!, ¡ni gorda! Sólo poseo una chiquita toda **abollá** y roñosa. Como que se ha **diznao** rechazármela la estanquera del siete... ¡Siete tiros y mal pegaos habían de largarle al hombre que está sin dinero. Porque ¿qué es un individuo sin moneda?... pues es igual que si dijéramos un reló sin la rueda catalina; un auto sin bencina; un boticario sin sulfato de quinina, y... (hace pausa, y arrojando con ira la colilla del cigarrillo, continúa) ¡maldita sea mi suerte indina!

ESCENA TERCERA

El mismo y Golfín, que sale vendiendo periódicos.

GOLFÍN.—(Voceando.) ¡La Luna!, que acaba de salir... La Luna, con el escandaloso suceso del Paseo de la Castellana.

META.—¡Conque, suceso escandaloso! Pues... gran atracción. Venga La Luna, periodista, y veamos ese escandalazo. Por más que no hay que fiarse: esos **reporteres** lo hinchan todo de un modo, que aquello que parece algo se queda, si vas a mirar la **sintasis** del asunto (hablando como aparte) como se queda mi bolsillo en este momento: exausto del todo. (El golfo está con el periódico en la mano, esperando que Meta saque la moneda, que parece se muestra rehacia a salir.)

GOLFÍN.—(Con sorna.) La **verdá** es, que para **apoquiñar** un hombre su última perra se **nesecita...**

META.—¿Y tú qué sabes si es la última, **Piri**?

GOLFÍN.—Pues ni que **fuá** miope. ¡Menuda pestaña se gasta el nene de su casa!

META.—(Tomando el número y dando la moneda.) Lo que no gastas tú es ni pizca de aprensión. (Se prepara a leer.) ¡Pues no me larga un número todo emborronado!

GOLFÍN.—Calle, señor; eso es la tachadura de la **censu**. ¿No lo ve?... Eso, (señalando al número) es el machaqueo de lo que no se **pué** decir sin la licencia de buen gobierno.

META.—¿ Conque el machaqueo ? Yo sí que te voy a machacar... (señala) el aparato odontálgico. ¿ Y esto que parece la escalerilla del Congreso en día de apertura ?

GOLFÍN.—¿ No lo ve, señor ? El ajustaje del editorial que ha salido un poco movido.

META.—(Haciendo como que devuelve el número.) No me convienen números borrosos.

GOLFÍN.—Lo mismo digo yo de las perras que parecen balines **aplastaos** (haciendo como que busca la perra.)

META.—Por prudencia, callemos (revista el periódico) ¿ Dónde está eso de la Castellana ? sí aquí. (Lee) «Extravío incalificable».—Hecho escandaloso.—¿ Dónde estaban los del orden ?—Las autoridades no vigilan. (Comentando.) ¡Eche usted epígrafes ! (Leyendo.) Anoche, en pleno paseo de la Castellana, se **extravió** la capa a un pobre estudiante provinciano. de la forma más extraña que puede imaginarse. El aludido se quedó traspuesto en uno de los bancos de aquel paseo y su despertar fué encontrarse rodeado de golfos, que vociferaban y... sin la capa.—La **prenda,** en realidad, es de poco valor intrínseco... (Dirigiéndose a Golfín.) Escucha, periodista; ¿ diquelas tú lo que quiere decir esta palabreja in-trín-se-co...?

GOLFÍN.—(Con seriedad.) Me parece que es algo así como el valor a peso de las cosas.

META.—Y que lo digas. (Prosigue la lectura.) ...de poco valor intrínseco, aunque de gran valor histórico.

GOLFÍN.—(Hablando consigo mismo.) Bien decía yo.

META.—¿ Qué decías, ilustre prócer ?

GOLFÍN.—Que si es interesante. Continúe.

META.—(Leyendo.) Haciéndonos eco de las quejas del pobre estudiante, que de manera tan extraña perdió su capa, y fieles intérpretes de sus deseos, rogamos a quien conozca el paradero de aquélla, se sirva presentarla en el **Bar Nacional**, reservado de la izquierda, por todo el día de hoy, y se gratificará espléndidamente, en el acto, a quien la presente o indique, con toda certidumbre, dónde se encuentra. Nota importante : Para mayor comodidad, el interesado se abstuvo de dar parte a la policía del extravío de su pañosa.

GOLFÍN.—Eso es lo que se llama un hombre... que diquela de lo finq. Lo de la capa no fué **sustración**, sino **destravío**. Así está bien que se digan las cosas, y no eso de hurto, robo y otros bocablos que a lo mejor te espetan... Y eso de no dar parte... no pué ser ni más decente de lo que es, ni más humano.

META.—¡ Choca, pequeño !; veo que diquelas, o por mejor decir, columbras de lejos. Indudablemente; eres una lumbrera de la glofemia andante. Te convido a unas copas.

GOLFÍN.—(Soltando la risa y mirando al vacío bolsillo de Meta.) ¡ Los hay, ¡ pero qué v vos ! No pué ser; me quitao. (Sale corriendo y voceando.) ¡ La Luna !, que acaba de salir ahora... por los cerros de Ubeda.

ESCENA CUARTA

META.—¡ Pa que te fíes **destos gurriones** ! (Revisa de nuevo el periódico.) Lo dije, y no me engañé. Todo ese escandalazo de la Castellana, se queda reducido al hurto—por más que diga extravío, muy de conformidad con el pensar del gachí (señala hacia donde fué Golfín) de La Luna.—Sí, señor; al hurto de una capa, tan mala, por las trazas, como la mía. (Se da una palmada en la frente, y prosigue.) ¡ Calla, Meta ! ahora discurro que... pudiera ocurrir... vaya, vaya... de menos nos hizo... Eso de la espléndida gratificación, es tentador. (Se quita la capa, la observa cuidadosamente, y la va plegando.) Porque, hay en el mundo tanto **chiflao...** Estamos en buen tiempo, y bien puedo ir sin capa. El llevarla era sólo por el relente de la **madrugá**, por la estética y... porque no digan que el que no tiene capa se escapa. (Envuelve la capa en el mismo número que compró, y dice:) Decididamente, al **Bar Nacional** con la capita. (Sale.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Se levanta el telón de calle, y aparece un saloncillo de Bar-restaurant.—Al fondo se ve una puerta que comunica con el Bar-despacho, dejando ver parte del mostrador. Puertas laterales cerradas.—Se presentan al hacer la mutación los coros, que ya están dispuestos.

ESCENA PRIMERA

Coros de Camareros y Camareras

MÚSICA

COROS.

Es este Bar tan superior
es este Bar tan nacional,
que para ver otro mejor
te has de embarcar.
te has de embarcar—te has de embarcar.

—

En su recinto esplendoroso
y en su magnífico confort,
está el Madrid rumboso
y el commil-faut
y el commil-faut—y el commil-faut.

—

Aquí hallarás siempre perenne
de la elegancia bella flor.
Aquí hallarás, si te conviene,
facil amor
fácil amor—fácil amor.

—

No busques más sorpresa,
si pretendes gozar,
del placer de la mesa
y el figurar
y el figurar—y el figurar.

—

El Coro femenino solo.

Si quieres ser dichoso,
si quieres bien vivir,
visita sin tardanza los salones
del Bar más elegante de Madrid.

ESCENA SEGUNDA

Al terminar la estrofa, los coros se sitúan en dos alas y dejan paso a la primera tiple, que aparece en la puerta del fondo.—Sale VILLA Y CORTE ataviada con lujoso traje de chula madrileña.—Le sigue un coro de chulapas.

NÚSICA

VILLA Y CORTE.—(Cantando.)

Decidme, vosotros, Camareros,
los que de profesión cosmopolita
de la Europa corristeis los senderos;
decidme, madrileñas de **chipén,**
¿hallasteis otra villa más bonita,
la visteis más de **bien**?

—

¿Hallasteis otro cielo más brillante?
Decidme si viajar se necesita,
si es preciso el viajar
en busca de otra gente más galante.
Que me lo diga así vuestra boquita,
y me lanzo a viajar en este instante.

—

Coros de Camareros.

No la vimos jamás;
no la hemos visto, no;
lo podemos jurar
por nuestro honor.

Coro de chulapas.

Bien dice el refrancito:
Desde Madrid al cielo,
y de allí, el consabido agujerito
...... para verlo.

—

VILLA Y CORTE.—(Cantando)

Gracias, mil gracias.
Mi gratitud te canto amado pueblo;
que de España y su Corte
me brindas homenaje, que yo acepto.

ESCENA TERCERA

Hacen su entrada Don César e Ibérico

DON CÉSAR.—(Recitando.—Música pausada.)

Como tú, de noble y de rumbosa
yo no la ví jamás.
Como tú, villa simpática y hermosa
alegre por demás,
mis ojos no la vieron superior;
y juro que no miente
quien desea alcanzar, sencillamente,
alguna prenda cierta de tu amor.

—

IBÉRICO.—(Recitando.—Música pausada.)

Bella es la dama; por demás alegre;
si no fuere tan rudo mi pesar,
bien creo que por ella perdería
mi capa, si pudiérala encontrar.

—

Música movida.—Coros en general

No la vimos jamás,
no la hemos visto, no;
lo podemos jurar
por nuestro honor.

—

VILLA Y CORTE.—(Cantando y dirigiéndose a Don César.)

No puede ser, señor solicitante,
aceptar su requiebro generoso.
no es propicio el instante,
que tengo suficiente con mi Oso.

Cesa la orquesta.

—

CONTINÚA LA ESCENA TERCERA

VILLA Y CORTE.—(Recitado.) Sí, señores, mis amables y amados paisanos: muy satisfecha de sus laudatorias frases. (A Don César.) A usted, caballero galante, mi saludo afectuoso; pero ya creo haberle manifestado en otro ocasioncita que no puedo aceptar su galanteo. Anda por esos

madriles un **desahogao** que adquirió el derecho; aunque yo, para usarlo, no le concedo ahora mi permiso, por juerguista, **perdío** y... otras menudas faltas. Mas, dígame, Don César; ¿ quién es este su señor acompañante, de tan anticuado vestir ?

DON CÉSAR.—(Presentando a Ibérico.) El señor es mi ya gran amigo don Ibérico, estudiante puro y neto español, amante, desde luego, de España y muy admirador de su preciosa Villa y Corte.

IBÉRICO.—(Saludando a la antigua usanza.) Señora : Desde que en los comienzos de mi razón, cuando aún el **Castillo famoso** de su señorío estaba en pie y la hoy ampulosa Corte recluída dentro los muros almenados de San Andrés, Vistillas, Puerta-Cerrada y San Francisco, conocí la hidalga Villa en sus más florecientes épocas, y siempre contemplé y admiré a su hembra como reina de la gracia y la donosura; siempre, con su gracejo singular y sus andares de princesa, me cautivó la mujer madrileña más que otra alguna. Hoy, señora mía, la admiro más que antes.

VILLA Y CORTE.—(Le tiende la mano, que Ibérico besa, con asombro de los coros.) Observo en usted, caballero, aires y modos de otras épocas que no son los nuestros. Hoy se admira, sí, a la mujer, pero se la galantea con exceso de confianza, a veces y otras con soez descaro. ¿ Y se puede saber qué le conduce aquí, acompañado de mi buen Don César ?

IBÉRICO.—Señora del alma..., aquí está precisamente el punto grave. (Cambia de entonación, haciéndola más sentida.) Aunque admirador de su gran urbe y no desconocedor de las dotes de nobleza que a sus gentes adornan, en este momento he de confesar a **Usarced**, con gran pena, que hallé en su recinto gentes atrevidas y... no debo decirlo, que me arrebataron mi capa histórica. No podía yo esperar felonía tal; y puesto que, oportunamente, hallé a la reina de la Villa en Vuestra Señoría misma, perdone si ceso por un momento de ser galante, demandando a Vuestre Merced justicia de semejante atropello.

VILLA Y CORTE.—Señor Ibérico, estudiante de los antiguos tiempos, algo desconocedor de los usos que los presentes

estilan; dispuesta estoy a otorgarle, no gracia, sino justicia. Antes, consiéntame que despida mi pequeña Corte. (Se dirige a los coros.) Señoritas, señores..., en el Bar, les serán servidos por mi cuenta.....

DON CÉSAR.—(Sin dejar terminar la frase.) Señora... con su permiso... por la mía.

VILLA Y CORTE.—Pues bien; por cuenta del generoso Don César, le serán servidos refrescos. (Les despide con ademanes.—Salen los coros.)

ESCENA CUARTA

VILLA Y CORTE.—DON CÉSAR.—IBÉRICO

Un elegante camarero sirve refrescos a los tres personajes a la derecha del espectador.

VILLA Y CORTE.—Considero que requiere su demanda una réplica o disculpa mía, que se acomode a su queja y que sea hecha en el mismo tono, un tanto enfático, que los de sus tiempos solían emplear. Escúchenme:

Recitado.

Madrid, ¡oh Madrid de los ensueños!
Madrid, que es ilusión de provincianos
que a ti se llegan de la gloria ufanos
y de ilusiones y esperanza dueños.
Madrid; la villa del lujo, de la Corte;
Cátedra do se doctora en picardía
tanto ambicioso como entra cada día
de aspecto fino o provinciano porte.
Punto, al que tomamos como Norte
cuando Centro de la España eres.
Urbe, que mimas al rico con placeres
mientras das al vencido pasaporte.
Villa, que encierras lo mejor de todo
cuanto en España vive y crea,
aunque cosa contraria juzgue y vea
quien mira sólo de la calle el lodo.
En tu seno, Madrid de mis amores,
se encierra de nobleza más tesoro

que anatemas te lanzan, en desdoro,
los que te juzgan mal, siendo peores.
Pues si es verdad que va la pillería
por tus calles, mezclada con la gente,
tengamos al decirlo bien presente
que el pillo trajo aquí su picardía;
porque esta mala flor, también se cría
en el pueblo menor del Continente.
Aunque, ambición y picardía juntos
no pudieron de Madrid matar
esa honradez, que nace y va a parar
desde Madrid a los extremos puntos.
Y vencedora siempre, la nobleza,
que en esta raza hispana se contiene,
de las provincias, a su vez, proviene
la honradez en su brillo y su pureza.
Cual va del cuerpo nuestro a la cabeza
el hálito vital que le mantiene.

(Don César e Ibérico aplauden.—Ibérico se alza y dice.)

IBÉRICO. Reina y Señora—de la hidalguía
pues que nobleza—tanta atesora
su hidalgo pecho—en vos confía
este estudiante—que ya os adora
y hallar espero—la capa mía.

ESCENA QUINTA

Los mismos.—Meta, que aparece con un lío bajo el brazo

META.—¿Se puede, señores? (Al escuchar la voz, Villa y Corte se vuelve más para que no pueda verle la cara el nuevo personaje.)

DON CÉSAR.—Adelante, amigo. Háganos el favor de decir...

META.—(Adelantando, pero sin mirar a Villa y Corte.) Creo que son ustedes los del comunicado o suelto de «La Luna»? (Villa y Corte se muestra sorprendida.)

IBÉRICO.—(Con ansiedad.) Sí, señor. ¿Trae usted la capa?

META.—Con efecto. Creo que si no es esta la capa del estudiante, se le perece mucho. (Saca del envoltorio la capa y la presenta suspendida de ambas manos.)

DON CÉSAR.—¿La reconoce usted?

IBÉRICO.—¡Ay! No, por mi desgracia.

META.—Pues mire, que no puede ser más apropiada para un estudiante **decente**, como usted lo parece... (Al escuchar esto, Villa y Corte se vuelve airada, y tomando de la solapa a Meta le increpa en estos términos:)

VILLA Y CORTE.—¡Tú sí que eres un decente bribón!... ¿Esta es la magnífica capa que te regalé el dia de mi santo? Dime, perdido... Dime, mal esposo... ¡juerguista! ¿qué has hecho por esos madriles desde que me empeñaste los pendientes de brillantes?

DON CÉSAR.—(Aparte, a Ibérico.) ¡Este es el Oso de la Villa y Corte!

META.—(Repuesto de la sorpresa.) ¡Caramba! Mujer, que preguntas más que el catecismo. Hoy, precisamente, pensaba ir a ofrecerte mis respetos.

VILLA Y CORTE.—Sí, y por dinero. A por atún y a ver al duque. Estás hecho buen personaje.

META.—(Con alago.) No **m'atosigues**, mujercita, que todo lo explicaré. Ya sabes tú que en esta accidentada vida de Madrid... todo se explica.

VILLA Y CORTE.—(Volviéndole la espalda.) ¡Ni verte siquiera! (A Ibérico.) Perdone, señor estudiante, esta mi expansión de mal humor.

IBÉRICO.—¡Ah, señora! Tales desahogos conyugales, madrileños netos, los conozco. Ya desde remotas épocas tuve ocasión de presenciarlos en este Madrid de los milagros, entre manolas y chisperos.

META.—¿Conque... chisperos? Choque, amigo, que de chisperos desciendo. Todos mis ascendientes fueron del arte del hierro, y este servidorito también lo es. Sí, señor, a mucha honra; soy metalúrgico, como se dice ahora; sólo que los amigos, por eso de la **abrevia** madrileña, me dicen el **Meta**. Ya sabe usted; el Meta, para servirle.

DON CÉSAR.—Abreviando, amigo Meta: ¿Sabe algo de la capa del señor...?

META.—¡Buena fuera! Quiere el señor que sepa de una capa que cuenta más de cuatro siglos, cuando no puedo dar razón del paradero de la mía, que me regaló mi señora parienta (señalando a Villa y Corte) por vísperas de la Purí-

sima... (Se dirige a Don César y le dice aparte:) ¡Magnífica prenda! Me dieron de empeño ¡sesenta pesetas!

VILLA Y CORTE.—Falta paciencia para escuchar a semejante... trápala. Señor Ibérico: trabajaré por devolverle su capa. Don César...: tanto gusto. (Sale, haciendo a Meta un gracioso mohín de desprecio.)

ESCENA SEXTA

Don César, Ibérico y Meta.—Un Camarero.

META.—(Encogiéndose de hombros.) Las señoras **propias** tienen sus genialidades, que sólo el gran cariño que se las profesa... puede dispensar. Por lo demás, es buenaza... Conque, si la capita no hace... (se la coloca sobre los hombros) aunque algo transparente, aún servirá para el relente de las madrugadas... digo, trasnochadas.

DON CÉSAR.—(Sin hacerle ya caso. Llama al Camarero con dos palmadas.) Unas copas de Jerez, palo cortado, tres cepas.

META.—(Al Camarero.) Sí, tres copas. (Aparte.) Me creo que la convidada no ha podido estar más clara. (Se sienta en la silla que ocupaba Villa y Corte.—Los dos miran a Meta, como diciendo.....)

ESCENA SÉPTIMA

Los mismos y Golfín.—El Camarero deja el servicio con tres copas y sale.—Golfín entra con varios periódicos bajo el brazo y uno en la mano. Mira a Ibérico muy receloso y se queda a respetuosa distancia.

META.—(Aparte.) ¡Anda la brisca! ¿Qué traerá por aquí esta lumbrera?

DON CÉSAR.—Acércate y no temas. ¿Qué es lo que nos dice este buen mozo? ¿Vienes referente al suelto de La Luna? (Señalando los números del periódico.)

GOLFÍN.—Pues... sí, señor. Leí el suelto, y como vendo La Luna.....

META.—(Aparte.) ¡Dichoso tú! ¡Vender la luna! (Eleva la vista al cielo.)

IBÉRICO.—(Alborozado.) ¿Y sabes algo de mi preciosa capa?

GOLFÍN.—(Aparte.) No me ha **barruntao**. (Contestando a Ibérico.) Le diré a **usté**; saber... los hombres sabemos a veces co-

sas, y no las sabemos... ¿ sabe **usté** ? Las apariencias engañan, la mar de veces; y le parece a uno ver que se llevan una capa... pero... hasta averiguar si es o no el verdadero amo el que se la lleva.....

DON CÉSAR.—(A Ibérico.) Ya tenemos capa. (A Golfín, con tono amistoso.) Tienes razón; es preciso tener mucha pupila para apreciar bien las cosas y las cuestiones. Es decir, que tú viste cómo se llevaban la capa... mas, es claro, cómo habías de saber quién era el verdadero dueño...

META.—(Aparte.) ¡ Menuda **leción** de filosofía !

GOLFÍN.—No quise decir tanto, señor; yo no ví... pero... si viera.....

DON CÉSAR.—(Saca la cartera, y de ella un billete de banco de cien pesetas, que enseña por debajo del velador.) Comprendido; si tú vieras... es decir, supieses quién es el verdadero dueño de la prenda extraviada... sabrías el paradero de aquélla; ¿ no es verdad ?

GOLFÍN.—(Mirando con codicia el billete.) Cuando no hay engaño en dar... las verdaderas señas.....

META.—¡ Lo dije ! ¡ Un verdadero prócer de la golfemia !

Don César se levanta y coloca entre Golfín e Ibérico, y en tanto que pone la mano en el hombro de éste, alarga el billete a Golfín.)

DON CÉSAR.—Pues aquí tienes..... a don Ibérico, verdadero dueño de la capa extraviada.

GOLFÍN.—(Guardando rápidamente el billete.) Puesto que **usía** lo asegura, yo puedo asegurar a ustedes que la prenda histórica se encuentra, a estas horas, en el gran Círculo regionalista.

DON CÉSAR.—Debí figurármelo enseguida.

IBÉRICO.—(Alentado por la noticia.) Luego, no se ha perdido. ¿ Y quién me la quitó ? ¿ Tú lo viste ?

GOLFÍN.—Señor estudiante, yo no he visto nada, ya lo dije antes. Pero si desea recuperar su amada pañosa, vayan, sin perder tiempo, a donde les he indicado. Precisamente, esta noche celebra sesión ese Centro.

DON CÉSAR.—¡ Al centro regionalista todos !

GOLFÍN.—(Aparte.) ¡ No será el hijo de mi mamá ! (Sale escapado.—Don César e Ibérico salen tras él.)

ESCENA OCTAVA

Meta solo

META.—Yo iría... pero... Vamos a cuentas, apreciable Meta. Mucho mejor que meterte en esos belenes de regionalismo, ¿no será para ti más prudente arreglar tus cuentas con tu señora Villa y Corte, desagraviarla y...? Vaya, vaya, que lo urgente es arreglar las cosas de la Villa. (Se dirige a la salida.)

TELÓN

CUADRO CUARTO

Representa la escena un salón del siglo XVII, con artesonado y medías columnas estriadas, que dividen en tres paños cada uno de los testeros. En los testeros laterales, el paño central más estrecho y con puerta con dosel y portier al estilo de la época. En el paño central del testero del fondo, se destaca en primer término un estrado con mesa presidencial y cinco sillones; el del centro de ellos más alto y rematado en una corona condal. Tras del estrado, en la pared, y a una altura conveniente, se destaca un gran marco formado por un bordón listado en tiras rojas y amarillas, alternadas. En el centro del cuadro aparece sujeta y extendida la **Capa del Estudiante**, colocada de forma que se aprecia como un mapa de España por regiones, y dos remiendos separados como si fueran las provincias isleñas. El suelo de la sala ostenta una alfombra de un solo color, y está dividido por medio de tiras o rayas blancas, de tal forma, que la sala aparece dividida en nueve cuadros o figuras, del siguiente modo: Dos líneas unen los dos paños laterales del centro, formando una faja en toda la longitud de la sala. En las dos puertas, unos escudos de León y Castilla, muy visibles. El centro del frente donde está el dosel forma un cuadro que va desde la faja central a las columnas del testero de fondo. El cuadro que queda en el rincón derecha del espectador, dividido por una diagonal, forma dos triángulos: uuo con el emblema de Aragón, y otro con el de Navarra. El cuadro de la izquierda opuesta, dividido también en dos triángulos, con los emblemas de de Vascongadas uno, y otro Galicia y Asturias. La faja que queda desde la central a las candilejas, o sea el proscenio, se divide en tres cuadros: Uno más grande central, con los escudos de Andalucía; le

de la derecha con emblemas de Valencia y Murcia, y el de la izquierda, de Extremadura. En cada cuadro, sillones agrupados frente a una mesa, menos en la faja central y en el proscenio, que ocupa el centro. Los emblemas de cada cuadro pueden estar en los sillones, o bien sobre un paño en el frente de cada mesa.—La escena representa de noche.—La sala, iluminada como de fiesta.

ESCENA PRIMERA

Por la izquierda salen tres parejas de tipos gallegos y asturianos.—Danzan y cantan.

MÚSICA.—CORO DE ASTURIANOS Y GALLEGOS

Mea terriña—Patria pequeña
Tú tan querida—Tú tan amada
¡ Oh mea terra !—Terra amadiña
De la muñeira—De la Alborada

—

Cuando el galegu—En suelo extraño
Se siente solo—Plora cuitado.
Canta con dolo—Su amada terra
Cuando la añora—El asturiano.

Salen por la izquierda dos parejas de vascongados.—La orquesta salta de la alborada al zorcico.

MÚSICA.—CORO DE VASCOS

¡ Oh montañas preciosas
de verdor permanente.
A ti, mi Patria hermosa
bendice el Dios clemente.
Son tus ríos emporio
de la industrial riqueza,
tus rías y tus valles
conjunto de belleza.

Salen por la derecha tres parejas de catalanes y mallorquines.—Salta la orquesta al aire de sardanas.

MÚSICA.—CORO DE CATALANES

Nada como tú, Patria querida,
ninguna tierra de cielo más hermoso

ninguna gente despierta y atrevida,
país notable por rico e industrioso.
Es de Mallorca la tierra preferida
del Mar Tirreno refugio poderoso.

Por la derecha, parejas de valencianos y murcianos.—La orquesta pasa a la tonadilla valenciana y la jota lánguida de la huerta.

MÚSICA.—CORO DE VALENCIANOS Y MURCIANOS

Eres más rubia—Que el rayo de sol
Eres más blanca—Que el rayo de luz
Valencianita.....—Me pareces tú
Una azucena—del jardín de amor.

—

Cuando la huertana canta
celos siente el ruiseñor.
El cielo está en su mirada
y el paraíso en su amor.

—

Un Dios engendró a Valencia
en un vergel de hermosura;
el arte bello en los hombres,
y en las hembras la finura.

Por la izquierda salen cuatro parejas de andaluces y extremeños—La orquesta pasa a la malagueña ligera.

MÚSICA.—CORO DE ANDALUCES Y EXTREMEÑOS

Ven a mí, Málaga hermosa,
ven, Granada romancesca;
todas las gracias del mundo
Córdoba y Cádiz, completan.

—

Jaén, la bella serrana,
y Almería, la frutera,
con Sevilla, son la gloria
y el paraíso con Huelva.

La orquesta salta a las seguidillas.

Riveras del Guadiana, feraces,
cielo precioso.

Es el suelo extremeño, frío y caliente,
grato y hermoso.
El carácter, audaz y valiente,
y aventurero.
Andaluz y extremeño, conquistan
un mundo nuevo.

Por la derecha vienen tres parejas de aragoneses, navarros y riojanos. —La orquesta pasa a la jota valiente.

MÚSICA.—COROS DE LA JOTA

La jota nació en Navarra,
en Aragón se crió,
y en la tierra riojana
grito de valiente dió.

—

La jota, es algo que lleva
de Rioja la firmeza,
el tesón aragonés
y la navarra nobleza.

Por la izquierda sale una sola pareja de canarios.—Pasa la orquesta a la jota llamada Isa.

MÚSICA.—CORO DE CANARIOS

Dios colocó el paraíso... paraíso
en aquellas islas bellas,
y los trinos del canario... solitario
de dulzura el orbe llenan,

—

Cuando Teide, sulfuroso... vaporoso
por su boca arroja fuego,
tiemblan de amor las canarias... pasionarias
y al amor se entregan luego.

Cesa por unos momentos la orquesta.—Entre bastidores se escucha una lejana dulzaina.—Orquesta otra vez, sobresaliendo dulzainas y tamboriles a estilo burgalés y soriano.

ESCENA SEGUNDA

Aparecen por la izquierda tres parejas de castellanos vistiendo a la antigua, con coletos ellos y basquiñas ellas.—Los otros coros cantan y las nuevas parejas bailan la danza clásica.

MÚSICA.—COROS

Aquí tienes, España,—Tus hijos predilectos,
Sencillos, pero firmes—Hidalgos y modestos.
De su nobleza orgullo—Siente España completa
De su valor el mundo—conserva claras pruebas.
Ni el fuego les aturde—Ni el frío les arredra
A defender su Patria—Siempre su vida presta
De León y Castilla—La gente está dispuesta.

ESCENA TERCERA

La orquesta ha cesado por completo.—Entran en escena DON ROGER y DOÑA BARCINO. El viste elegante traje burgués; ella, traje de recepción con banda, y en ella, bordada, una corona condal.—Al entrar, todos los coros se plegan en dos alas.

DON ROGER.—Señores míos: Terminada la típica fiesta nacionalista, hemos de dar comienzo a la Sesión de Regionalismo. Les ruego que despejen.

DOÑA BARCINO.—Reciban todos nuestra enhorabuena. (Hace una inclinación de despedida.—Salen los coros.

ESCENA CUARTA

Preséntanse inmediatamente cuatro ujieres, dos por cada puerta, quedando de guardia de honor en ambas entradas. Visten los ujieres trajes galonados con cordones.—Don Roger y Doña Barcino ocupan los sillones de la Presidencia.

DON ROGER.—Pueden pasar los representantes congregados, y sucesivamente los que vayan llegando a este magnánimo Centro.

Los Ujieres, alzando los portiers, dicen:

UJIERES.—Da comienzo el acto de la Sesión.

Por una y otra entrada penetran en la Sala los personajes siguientes: Tres damas catalanas, que representan Tarragona, Lérida y Gerona. Una pareja de vizcainos, y otra de guipuzcoanos.—Una pareja de gallegos, y otra de asturianos.—Una pareja de navarros.—Una pareja de extremeños.—Todos con trajes regionales.—Ocupan su lugar en sus respectivos cuadros.

DON ROGER.—(Alzándose al hablar.) En nombre de mi señora, Doña Barcino, declaro abierta la sesión.

NANARRITO.—(Representante de Navarra, alzándose.) Según nuestros estatutos, desde este momento regirán los derechos forales. ¿Les parece, señores?

TODOS.—Conformes.

ESCENA QUINTA

Uno de los Ujieres de la izquierda anuncia en voz alta.

UJIER 1.º—Los señores Don Granadino y Doña Sevillita.

(Penetra en la sala la pareja de andaluces.)

GRANADINO.—¡Magnífica sala! Seviyita mía. (Se detienen un momento sin avanzar.) ¡Atíende! ¿Para qué serán esas rayas de la alfombra?

SEVILLITA.—Será la moda; pero creo que debemos saludar, ¿no te parece?

GRANADINO.—¡A la pá e Dió, zeñore!

DON ROGER.—Bien venidos los de la hermosa Bética.

DOÑA BARCINO.—Pasen, pasen sin reparo.

GRANADINO.—Zupongo que se podrá sabé para qué zemo invitaos?

SEVILLITA.—Ezo é; cuál es el objeto de la convocatoria. (Avanzan ambos y se colocan en el cuadro de Cataluña Granadino, y ella en el de Navarra.)

DON ROGER.—El objeto, señores, es el de cambiar impresiones y tratar asuntos... que después expondremos a su consideración. Mas ahora, observen que se han colocado: usted, señor Granadino, en nuestra zona, y ia señora (señala) en el cuadro de... Don Navarrito. Según nuestros estatutos, han de pagar, en el acto..., poca cosa... cinco pesetas por derechos regionales.

SEVILLITA.—Es decir, que las rayitas estas señalan las respectivas zonas?

NAVARRITO.—Justamente, señora mía; y hemos de respetarnos mutuamente los derechos estatuídos; el fuero de cada uno.

GRANADINO.—(Saca un monedero de plata con duros.) Zeñores, no hay que apurarse, aquí hay plata para abonar.

SEVILLITA.—(A Granadino.) ¡Ah! ¿Y vas a pagar?

GRANADINO.—Y tanto. ¿Para qué quié el tío Granadino sus onzas, si no es para que él y su señora queden bien en toitos los lugares? Ahí va moneda. (Deja un duro sobre la

mesa de Don Roger y va a entregar otro a Sevillita, pero al ver que pisará raya, se hace atrás y alarga el brazo, hasta que, haciendo otro tanto Sevillita, coge el duro.)

SEVILLITA.—(Entregando su moneda.) Satisfechos, ¿eh? Y bien, ahora vamo a ver cuál es nuestra zona de **ación**?

DON ROGER.—(Señalando.) Ahí la tienen ustedes, bien amplia, por cierto.

GRANADINO.—Claro e; como que zemo muchos.

SEVILLITA.—Pero digan: Aquí en esta zona, ¿no se estilan sillones...?

DON ROGER.—(Un tanto cortado.) Les diré... Como son ustedes gente de movimiento... quiero decir, que les visita tanto tourista de esos que no hacen asiento en parte alguna... pero no faltaba más. (Hace sonar un timbre de sobremesa.) ¡Unos sillones para estos señores! (Uno de los Ujieres asoma a la parte fuera de la puerta y enseguida aparecen dos criados con sillones, que colocan en el cuadro del proscenio, hacia la izquierda.—Los andaluces contemplan los sillones, pero no los ocupan. Se pavonean por su cuadro y marcan una postura flamenca.)

DOÑA BARCINO.—(Demostrando enfado y hablando a sus vecinas de silla.) Me ensembla que no calía cadiras.

SEVILLITA.—(Se acomoda en su sillón y dice a Granadino.) Aquí tié su mercé a su mujersita... No se merece menos la perla de Andalucía.

GRANADINO.—¡Olé! por la Dinfanta der Gualquivir.

SEVILLITA.—(Tarareado.) Arenas de Seviya... mi maré...

DON ROGER.—Señores: estamos en un acto serio... y les ruego...

DOÑA BARCINO.—Justamente; un poco más de seriedad. (Sus compañeras asienten.)

GRANADINO.—Perdonen; es que nosotros zemo azín; siempre gorjeando, como los pajarillos.

SEVILLITA.—Ezo mesmito; zemos como los chiquillos. Cuando no cantan, ríen o chillan es... que lloran. Nosotros reímos y cantamos y... también yoramos; ¡que en ningún arma fartan sus peniyas! pero sin ponernos mu serios por ezo; ¿sabe uzté? Tenemos una zemana zanta ¡mú compunjía!, y endespués una feria que tó son guitarras, panderetas, olés y mucho ruido. Y la gente, pa que uzté vea... lo mesmito viene a vernos reir que yorar..... Zemo azín, zeñores, zemo azín..... (Se ríe a carcajadas.)

ESCENA SEXTA

UJIER 2.º—El señor Maño y su esposa Pilarica. (*Con voz fuerte. —Por la derecha entran los personajes anunciados, Viste él traje de baturro con senda vara a la mano; ella, traje de fiesta, y collar con joyas, cruces y medallas.—Penetran los dos resueltos hasta el cuadro de la presidencia.*)

MAÑO.—¡ Salud, mañicos : ya hemos venío !

PILARICA.—Nuestro saludo cariñoso, paisanicos.

SEVILLITA.—(*Aparte, a Granadino.*) ¡ Ahora verás lo bueno..... ! Siéntate, hombre. (*Le agarra de la americana y le hace sentar a su lado.*)

DON ROGER.—Se corresponde al saludo. (*Inclinándose.*) Supongo que conocen los estatutos de este Círculo, y por si no, les diré... que habiendo penetrado en nuestro cuadro, deben pagar, en el acto, cinco pesetas cada uno por derecho foral. (*Con amabilidad.*) Es lo establecido.

MAÑO.—(*Admirado.*) ¡ Otra ! ¿ Conque cinco pesetas ca cual ?

DON ROGER, DOÑA BARCINO, NAVARRITO Y OTROS.—Sí, cinco pesetas.

SEVILLITA.—(*A su hombre.*) Oserba y caya.

MAÑO.—(*Tocando en el brazo a su mujer.*) Habla tú, Pilarica, que te explicarás mejor.

PILARICA.—¡ Válgame mi Virgencica del Pilar ! No me engañaba el corazón al pensar que este viaje no sería todo rosas. Es decir : (*Con gran energía.*) Que dentro desta sala ¿ no somos todos unos... ? ¿ no somos españoles todos... ? ¿ que mi tierra ha de pagar en las otras tributos y fueros...? ¿ Que se le ha de exigir portazgo en el resto de esa amada tierra española; de esa Patria que tanto es nuestra como de los demás... ? ¡ Derechos de entrada a los hijos de la Inmortal Zaragoza, la que dió su sangre por la libertad y la unidad patria... ! Lo veo, y no lo creería. Es para mí semejante acuerdo un desacato al patriotismo. Protesto en nombre de mi región toda.

DON ROGER.—Señora... Soy el primero en admirar su historia y bellas prendas personales. Siempre pensamos en que su región, tan distinguida, se merece las mismas prerrogativas, por no decir más, que las otras. Ahí tienen (*señala*) su cuadro; allí está su zona, con idénticos derechos que

los demás. Vean prevenidos para ustedes unos sitiales. Les invito, cordialmente, a que los ocupen.

MAÑO.—Bien; ya habló mi Pilarica y está bien hablao. Ahora, aquí están mis dineros, ¡ridiez! (Entrega dos duros.—Toma de la mano a Pilarica y la conduce a su cuadro. Pilarica se sienta y él queda de pie a su lado. Continúa hablando.) Güeno, conformes. En mi cuartel estoy, aquí me planto, y aseguro que el primero que pise mi raya, ha de pagar cinco peseticas, y un rial de propina, por los dos moscos que acabo de soltar. (Se alzan varios de otras mesas y protestan.)

VARIOS.—¿Con qué derecho?

DON ROGER.—¿Y por qué?

MAÑO.—¡Otra! Pues porque sí, y con el derecho de mis puños, como paice que hoy se estila. ¡Pa qué quió esta vara...! Al primero que pise mi raya... si no da un duro y un rial, ¡lo estozolo!

ESCENA SÉPTIMA

UJIER 2.°—El señor Numantino. (Penetra en la sala, por la derecha, un nuevo personaje, vestido a lo soriano, con alforjas al hombro. Aparece sereno, y se dirige recto al cuadro de Aragón.

MAÑO.—Ni pintao, ya está aquí el que va a pagar el primero.

NUMANTINO.—(Dirigiéndose a todo el concurso.) Ante todo, mi saludo para todos mis hermanos en la patria común.

MAÑO.—(Acercándosele.) Bueno, hermanicos, sí; pero has pisado mi raya, y tiés que pagame cinco pesetas y un rial. (Pone la mano esperando dinero.)

NUMANTINO.—(Al ver la actitud del Maño.) ¿Qué es esto, Maño? ¿Por qué causa demandas ese dinero?

MAÑO—¿No lo sabes? Pues, amigo, cosa de los destatutos de este Centro. ¡Na los destatutos!; yo tampoco lo sabía.

NUMANTINO.—No comprendo.....

PILARICA.—Ni falta que hace, porque mi Maño no es capaz de cobrar a su vecino y amigo de Soria, tributo alguno.

NUMANTINO.—¿Tributo dijiste? (Echa mano a la alforja y saca la bolsa.) Ahí va mi dinero. Jamás dejé de pagar, pacientemente, todo aquello que sea exacción legal.

MAÑO.—Vamos, hombre. (Le palmea amigablemente.) No sias tonto. ¿Yo cobrarte cuando veo tu güena voluntá de pagar? Si lo que yo busco es sostener mi fuero y mi

tesón... ¡ pero cobrate ! Mira, pa que veas. (Le toma de brazo y le hace sentar.) Siéntate aquí; yo en esta butaca, y mi Pilara en medio. En saliendo... a cenar con nosotros. (Pilarica asiente.)

ESCENA OCTAVA

UJIER 1.º Los señores Don César y don Ibérico. (Entran en escena, por la izquierda, los dos personajes nombrados.—Ibérico, tan luego entra, mira a la Presidencia y ve su capa colocada en el cuadro, trata de avalanzarse a ella.—Don César le detiene.—Don Roger se levanta.—Los Ujieres acuden a detener a Ibérico.)

IBÉRICO.—¡ ¡ Ah, mi capa querida ! !

DON CÉSAR.—(Haciendo ademán para que los Ujieres se retiren.) Calma y serenidad de juicio recomiendo a todos.

IBÉRICO.—(Con acaloramiento.) ¡ Calma dice ! Sepa Vuestra Señoría, señor don César, que, sin dejar por esto de respetar su autoridad, reclamo con toda mi energía aquella (señalando) la mi capa histórica; que... me fué anoche usurpada.

DON ROGER.—(En pie y con ademán de orador.) ¡ Usurpada, no, de modo alguno ! Entienda el señor estudiante, y entiéndanlo cuantos me escuchan. Enamorado, el que tiene el honor de dirigiros la palabra, ¡ como el que más ! de tan histórica prenda; amante de lo que su historial mismo representa y deseoso de que bajo su emblemática figura se aunen las aspiraciones de las regiones todas, y la mía la primera, para recobrar aquélla su primitiva Autonomía, base de su grandeza, y que de ella resulte la grandeza de la Patria de todos, he querido hacer que vuestra capa histórica, señor Ibérico, presida nuestras reuniones. Para ello, y no conceptuando muy segura sobre sus hombros prenda de tanto valer, dí orden a uno de mis agentes para que, de buenas formas, la recabase y condujera a este seguro lugar, en donde, ustedes lo ven, ocupa el sitio preferente. No hubo usurpación, pues; antes bien, fué libertada de manos de atrevidos y poco escrupulosos mozalvetes, que, a deshora de la noche, y en el paseo público, donde usted, señor mío, tuvo la imprudencia de dormirse, trataban de arrebatársela y malvenderla.

IBÉRICO.—Tranquilo, aunque no del todo, parece que me deja su razonamiento. Mi anonadado espíritu parece se recobra ante las afirmaciones de que su intención es sana. Pero... queda aún mucho de duda a mi razón atribulada, que pasó por circunstancias tan difíciles para la amada patria y visto sucesos que, sencillos al parecer, fueron luego de tamaña trascendencia. Llama mi atención, y de ahí mi cuidado, la disposición especial de esta sala. Esas líneas... (señalando) esos estrados... Y, sin embargo... ¿a dónde son los sillones regios que se merecen mis queridísimos reinos de León y Castilla? ¿Dónde está su zona regional?

DON ROGER.—Bien claro y manifiesto está, señor. Si aquellos antiguos reinos ocupan el centro del Solar Ibérico, por esto se les ha designado un lugar en idéntica situación.

IBÉRICO.—Acaso sea suspicacia; mas diría cualquiera que sólo es un paso, común para los demás cuadros. ¿Es, acaso, que aquellos que dieron los primeros su sangre para la unidad patria han de quedar reducidos a tan secundario lugar como servir de campo de excursión de los restantes reinos o nacionalidades, como algunos denominan a las regiones?

DON ROGER.—Deje el distinguido cofrade que la sesión continúe, y observará que a todos se atiende y agasaja. (Se dirije a los Ujieres, y les dice:) Sillones para estos caballeros. (Entran dos criados con sillones y los dejan a la izquierda del cuadro central.)

DON CÉSAR.—Rogamos se nos dispense, y deseamos ver cómo continúa la sesión. (Aparte, a Ibérico.) Un poco de paciencia hasta ver cómo acaba esto. (Toman asiento.)

ESCENA NOVENA

En la mesa de los vascos se nota ruído como de polémica.

DON ROGER.—¿Ocurre algo en esa tribuna vasca?

VASCONIA.—(La dama vizcaina.) Mucho sí susede, pues: La señá Concha, orgullosa se estar porque reales huéspedes la visitan, y ama de todo el país quiere ser.

SRA. CONCHA.—(Dama guipuzcoana.) No ama, pero sí directora. Pues qué: ¿no es bien admirada de todos nuestra administración, la marcha excelente de nuestro municipio, ser-

vicios de policía urbana, gran Casino, inspección de higiene, etc.?

VIZCAITA.—(Tipo marino.) Bueno, sí, ser todo. Pero si vas a capital tuya, cuida de no estornudar fuerte, que multa llevarás...

EUSKAL.—(Tipo guipuzcoano.) Callar más te valdría, naviero.

DON ROGER.—Un poco de orden, señores. Esas son cuestiones a resolver en familia; en el país y con la hermana Alavesa, ausente.

SRA. CONCHA.—Alavesa... sí; no hablar vascuence, vaya... pero hermana sí ser. (En tanto que habla señora Concha, se entabla polémica en la misma mesa presidencial.)

DON ROGER.—¿No se encuentran bien, apreciables hermanas?

TARRAGONA.—No gaire.

LÉRIDA.—No mucho, no; aquí sólo preside la hermana Barcino como si fuese pubilla, y no estamos ya en tiempos de aguantar esas preferencias. También yo soy persona.

GERONA.—Y Sirona, ¿no lo es també?

DON ROGER.—Cuestiones son estas que se resuelven en familia, como antes dije a las señoras vascas.

DOÑA BARCINO.—(Revolviéndose airada.) Esta es cuestión suficientemente resuelta; la Jefe de la familia soy yo, y no puedo admitir discusión siquiera.

ESCENA DÉCIMA

UJIER 2.°—Los señores levantinos. (Por la derecha entran los personajes siguientes: SINTO, un tortosino en traje payés, de gala.—VISENTE, un huertano de Valencia.—ALCOYANO, un alicantino industrial.—CARLET, un payés de La Plana.

DON ROGER.—Pasen los señores de levante a ocupar su mesa. (Señala el lugar de la derecha del proscenio.—Se colocan todos menos Sinto. Este queda frente a la Presidencia, y dice.)

SINTO.—Bon die y bona hora. Reclamo, señor Presidente, un cuadro aparte en esta Asamblea.

DON ROGER.- ¡Está bueno! Tú eres de nuestra región, nos perteneces. Ya estás representado en la señora. (Señala a Tarragona.)

SINTO.—No acepto. Nosotros somos región aparte y reclamo nuestra autonomía. Mi región es de las más ricas de España; olivares extensos; el primer mercado de oli;

huerta hermosa; arrozales inmensos. Ya de abolengo tengo derecho a ser amo de mí mismo .

DOÑA BARCINO.—Nos perteneces, y nada más.

VISENTE.—(Se alca y dice:) ¡Ché!, vine en naltres, vine y juntets mos mincharem el arrós.

CARLET.—No vaigas en esos; vine, que La Plana te crida.

ALCOYANO.—(Alzándose.) Mal hará si tal hace. Nosotros también queremos ser autónomos. Contamos con grandes fabricaciones y una riqueza agrícola considerable. Nos bastamos para administrar lo nuestro.

DON ROGER.—Un poco más de orden. ¿Qué va a ser esto? (Don César habla con Ibérico y le hace observar aquel desorden.—De la tribuna de Asturias se alza DON PELAYO, y dice:)

DON PELAYO.—Una de disensiones que no tendrá fin. Por mi parte reclamo también zona aparte.

CORUÑÉS.—Esu lu dices por apartarte de la nostra terriña. ¿Pensaste acasu en la tuya superioridad? Mala la mi suerte si non é valo mais que tú, Asturiño.

ESCENA ONCEAVA

UJIER 2.º—Los señores murcianos. (Entran por la derecha cuatro nuevos personajes. MURCIANO, huertano rico.—ALBACETEÑO, fabricante de navajas.—FUENSANTICA, huertana.—CARTAJENERA, de aquella ciudad.—Murciano da el brazo a las dos jóvenes, y se sitúan en el centro, frente a Don César e Ibérico.—Las jóvenes entran disputando.)

MURCIANO.—¡Vaya, chiquias!, basta de dimes y diretes. Las dos sois mis amadas nenas y a las dos os quiero igual. ¿Qué más me da a mí mi huertanica que mi cartagenera?

FUENSANTICA.—Soy la hermana mayor, y quiero que se me obedezca.

ALBACETEÑO.—(Insinuante.) Y si no, vienes a mi casa.

CARTAGENERA.—¡Obedecerte yo! Ya sabes que vivo con mi arsenal, mi puerto y mis minas... y si me apuras un poco... pongo casa aparte; ya sabes que sé hacerlo.....

ESCENA DOCEAVA

En este punto, Don César se alza, y con voz potente y autoritaria dice:

DON CÉSAR.—¡Alto, y basta ya; malos hermanos...! Dais todos prueba asaz fatal de lo que haríais con vuestra pretendida autonomía. Os escuché más de lo que mi autoridad

y mi paciencia pueden dignamente consentir. De vuestras manifestaciones se infiere cuántos girones haríais en aquella histórica capa, que tomáis como emblema. (Se dirige a Don Roger.) Reconozca el Muy Ilustre Señor Presidente que no es suficiente una buena intención para realizar una idea, en apariencia aceptable. Los hechos provenientes de la idiosincracia, del peculiar carácter de cada uno, nos dicen que los resultados han de ser desastrosos, necesariamente... (Se coloca frente al cuadro de la capa histórica, y alzando el bastón de mando, dice;) ¡A mi voz y mi conjuro, veréis todos cómo se efectúa la mutación de aquello que como símbolo tomasteis. ¡¡Yo lo mando; sea una sola y única nuestra enseña patria!! (Al decir esto, cae desplegada una bandera nacional con el escudo patrio en el centro, y queda oculto por completo el cuadro de la capa. Un vivo resplandor ilumina la bandera gloriosa.—Los circunstantes dejan sus sitios y se alinean en dos alas.

ESCENA FINAL

La orquesta comienza una marcha patriótica en tonos suaves. Aparecen Villa y Corte y Meta del brazo.—Meta lleva traje y capa nuevos. Villa y Corte conduce en la mano la capa histórica y la coloca sobre los hombros de Ibérico, al paso que le dice.)

VILLA Y CORTE.—En nombre de Madrid cumplo mi promesa.

META.—Eso es; cumplimos la promesa.

(La orquesta da mayor expresión a la música.—Aparecen los coros.

MÚSICA.- LOS COROS CANTAN EL SIGUIENTE

HIMNO

Cantemos un himno entusiasta
de fraternidad;
cantemos el himno a la Patria
de amor y de paz.
Ensalcemos la enseña preciosa
roja y amarilla
que surgió de los reinos unidos
León y Castilla.

—

La bandera del oro y la sangre,
valor y nobleza;
la que el mundo recorrió triunfante
sea nuestra enseña.
La unidad de la Patria querida
cuidemos, constantes;
la grandeza del pueblo español
busquemos, amantes.

—

Y la Patria, propicia al cariño
de los hijos amados,
cuidará que, dichosos y alegres,
en la paz y el progreso vivamos.

FIN

TELÓN LENTO

